



Un grupo de estudiantes de la Universidad Autónoma de Madrid se toma un descanso en el campus de Cantoblanco. / GONZALO ARROYO

## El abandono universitario cuesta 660 millones al año

ALFONSO MATEOS CADENAS

**H**ay tantos estudiantes que casi no se nota. Pero muchos llegan, se matriculan y no vuelven. Los que menos, entregan la ficha y acuden, meses después, al examen final. Pero los hay que ni siquiera llegan a eso. Acuden a la Universidad como una extensión natural de los estudios postobligatorios. Van porque hay que ir, pero no saben ni por qué ni, sobre todo, para qué. Es la realidad de un panorama universitario marcado por el absentismo. Un problema que no es nuevo y para el que todavía no se ha encontrado solución.

Y un problema que deriva en otro más grave: el abandono, que cuesta al erario público 660 millones de euros. El profesor de la Universidad de Jaén Juan Hernández Armenteros llega a esa cifra tras calcular que al año abandonan sus estudios 66.000 alumnos, un 30% de los que ingresan. En el cálculo tiene en cuenta que esos estudiantes abandonan tras permanecer dos años en la Universidad, por lo que las administraciones deben afrontar dos veces los 5.000 euros que cuesta de media un puesto universitario. Eso sí, la aproximación es benévola, pues los últimos datos oficiales de abandono, que datan de 2006-2007, hablan de 95.000 estudiantes que dejaron sus estudios.

Pero antes del abandono está el absentismo, que la propia comunidad universitaria considera un problema. Eso sí, les cuesta reconocerlo. Resulta difícil encontrar datos globales que lo contabilicen —o lo que es lo mismo, de asistencia a clase— en las universidades españolas.

**EL ABSENISMO ESTUDIANTIL, QUE SEGÚN VARIAS INVESTIGACIONES SUPERA EL 40%, ES UN PROBLEMA DE DIFÍCIL SOLUCIÓN QUE ANTICIPA EL FRACASO Y REFLEJA EL DESPILFARRO DE UNA INVERSIÓN SOCIAL QUE NO SE RENTABILIZA**

Todas, al menos la mayoría, cuentan potencialmente con ellos. No porque los profesores pasen lista en clase —algunos lo hacen— sino gracias a las evaluaciones docentes.

Algunos investigadores se han molestado por indagar este fenómeno, no sólo en busca de una cifra sino, sobre todo, para analizar las causas y atender a posibles soluciones. Es el caso de Esperanza Gracia y María Covadonga de la Iglesia, del Departamento de Fundamentos del Análisis Económico I de la Complutense de Madrid. Con encuestas a alumnos, han conseguido profundizar y analizar el tema hasta el punto de dibujar un «modelo de absentismo universitario».

Las autoras del estudio, que recoge las respuestas de 4.901 estudiantes entre 2006 y 2008, advierten de que «los niveles de absentismo observados son difíciles de justificar en la Universidad pública» —la media de asistencia que declaran los encuestados es del 59,78%— y ofrecen el perfil del absentista: un varón, que acude a academias y, además, es repetidor.

Gracia destaca especialmente el papel de estos centros privados. Por su experiencia, diferencia mucho entre las carreras técnicas, en las que «los alumnos acuden a las academias como refuerzo», y otros estudios: «Aquí directamente no aparecen por clase, usan la academia como substituta».

De la Iglesia señala además la diferencia por sexo. El trabajo refleja que las mujeres acuden más, tanto a clases como a tutorías, participan también más en la evaluación continua y repiten menos que ellos. Y, además, el estudio señala el inefable silogismo que liga el absentismo en la Universidad con el fracaso.

No es el único, otra investigación llevada a cabo por el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo reflejaba unos resultados similares. La media de asistencia superaba por poco el 50%, aunque siempre teniendo en cuenta que se trata de datos ofrecidos por gente que ha acudido a clase o, al menos, al examen.

El matiz es importante, pues el coste que supone el absentismo para las arcas de la Universidad —léase administraciones autonómicas y Central— no resulta, a priori, alarmante. El catedrático de la Politécnica de Cataluña Francesc Solé Parellada cuenta que, realmente, estos alumnos pueden ser considerados «benefactores» de la Universidad. Su razonamiento es sencillo: pagan la matrícula —según el Ministerio de Educación, entre un 10% y un 15% del coste total del puesto universitario, dependiendo del grado de experimentación de los estudios— y no hacen gasto: no usan las infraestructuras, no consumen los medios —fotocopias, libros, instalaciones informáticas— y, además, facilitan la labor docente.

Solé Parellada no quiere con ello banalizar el asunto. Sabe que es un problema y tiene claro que prefiere «aulas llenas aunque se pierdan benefactores». Además, si se mira a medio plazo, la situación se agrava. Al fin y al cabo, las universidades públicas no dejan de componer una de las más claras inversiones sociales que hace el Estado. Su objetivo lo evidencian: dotar a la sociedad de profesionales que la abastezcan.

Bajo este prisma, Hernández Armenteros pone el dedo en la llaga. El problema de la Universidad no se encuentra en el absentismo, pero despilfarrar recursos no es tontería. Su filosofía es sencilla: «Hay que gastar más, pero hay que gastar bien». Y en esa idea no cabe la posibilidad de formar durante uno, dos o tres años a gente que luego abandona su estudio: y no rentabiliza esa inversión. Solucionando ese problema, podría ahorrarse mucho dinero.

### BOLONIA ACUDE AL RESCATE

**El problema existe.** Eso casi nadie lo discute, la cuestión está en cómo solucionarlo. Y ahí es donde Bolonia, esa entelequia de la que tanta gente habla pero no sabe definir, puede resultar una vía que ayude a limpiar las aulas de quienes van a pasar el rato y dejar así espacio a los que realmente quieren estar ahí. Los modelos educativos derivados de la adaptación de los estudios al Espacio Europeo de Educación Superior pueden servir como un embudo que ayude a luchar contra el absentismo. Las primeras experiencias así lo certifican. Paloma Forés Jackson es profesora del Departamento de Medicina y Cirugía Animal de la Complutense de Madrid y ha estado funcionando, como experiencia piloto, con los parámetros que se implantarán en los nuevos grados. Los alumnos acuden como voluntarios y están obligados a trabajar continuamente. A lo largo del curso presentan unos 40 casos que son evaluados por la profesora y algunos de ellos por los compañeros. «Es un trabajo añadido para el profesor», explica Forés, «pero los resultados son impresionantes, el nivel resulta excelente». Eso sí, «curiosamente, es una asignatura en la que algunos se rinden muy pronto». Quienes no están dispuestos a trabajar, abandonan en seguida. A medio plazo, sólo quedarán los que realmente se muestren interesados.



G. A.